

Burgos, 30-VII-49

Sr. D. José Ferrater Mora  
Habana (Cuba)

Mi querido amigo: acaba de llegarme su tercera carta, la del 22; las he recibido todas y he querido contestarle; pero no he podido por la más triste razón: se me ha muerto el niño mayor, Jualanín, que tenía tres años y medio y era una criatura incomparable. No sé si tendrá usted alguna idea de lo que es esto: ojalá no, y no la adquiera nunca. Sólo sé decirle que al no ir a París perdió usted la posibilidad de conocer a Julián Marías; quizás algún día coincida en algún rincón del mundo con uno que se llama igual, pero sólo serán los restos del que hubo hasta el 25 de junio. No es simplemente haber perdido un hijo, amigo Ferrater: tengo otro, Miguelito, de año y medio, precioso, a quien queremos enormemente; y no es eso. Teníamos con esa criatura una relación personal como si fuera un hombre, y una ternura como sólo se puede sentir por un niño pequeño. Era un prodigio de inteligencia, de belleza, de gracia y de cariño, era nuestro encanto radical, el resorte en que se habían engarzado nuestras dos vidas, nuestra empresa, lo mejor de nosotros desde la carne hasta el amor y la voluntad constante de hacerlo bien. Lo queríamos – lo queremos- apasionadamente, con ilusión indecible, con una especie de enamoramiento en lo que el amor tiene de magia y encanto. Algún día, si nos vemos, le contaré cosas, le enseñaré su retrato y comprenderá.

Nos hemos quedado desechos, anonadados. Todo nos parece irreal y sin peso – menos la vida, que resulta insoportable-. No puedo trabajar, ni apenas leer y sólo consigo escribir alguna carta como ésta, en que dejo ver mi alma llagada a algún buen amigo –y usted lo es, aunque nunca nos hayamos visto-. Ni siquiera soy capaz de ayudar a mi mujer, que tanto lo necesita, porque estoy tan mal como ella. Lolita no se separaba de los niños un minuto: se lo hacía todo, de la mañana a la noche, salía siempre con ellos y con el mayor tenía una conversación que duraba el día entero, menos el sueño. Y cuentos, y caricias y darle ilusiones –tenía ya toneladas de ellas-. Y como yo trabajo en casa y estaba loco por él, también lo tenía cerca casi siempre y le hacía cosas, tengo una necesidad hasta física de volver a tenerlo y a veces temo perder la razón. Y si no creyera en la resurrección de la carne y no contara con volver a tenerlo un día, no tendría límites mi desesperación. No sé si usted cree o no, sospecho que sí –de un modo o de otro- porque su persona toda es religiosa. Pero hay además una como evidencia irracional de la irreductibilidad de la persona a las vicisitudes del organismo y de que este cariño actual y no pasado no carece de objeto. Perdone que le escriba tan largo de tema tan triste y tan mío, pero no puedo hacer otra cosa.

Leí su nota, y luego en Occidental, y me gustó mucho. Y se la agradeció muy cordialmente. ¿Le llegaron mis “Generaciones” que le envié a la Habana?. No nos hemos atrevido a ir a Soria, como otros años, porque los recuerdos eran demasiado vivos, y nos hemos reunido con los padres y tres hermanos de Lolita, a Burgos (Hotel Castellano). Una ciudad por la que nos arrastramos y que apenas vemos; creo que pasaremos aquí casi todo agosto, hasta que el gran calor pare en Madrid.

Un abrazo de su triste amigo

[signatura]

Se me olvidaba decirle que ayer recibí y leí su artículo sobre Wittgenstein, que es muy bueno y acertado: se desearía más largo y explícito. ¿Por qué no lo hace?